



La imposibilidad del olvido

Silvina Espinosa de los Monteros

A manera de un implacable ajuste de cuentas con la realidad, el escritor español Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951) acaba de publicar su más reciente novela, *El pintor de batallas*, en la editorial Alfaguara. Conocido por sus éxitos de ventas y la constante polémica en la prensa cultural sobre si sus *best sellers* tienen o no calidad literaria, Pérez-Reverte sigue adelante y vuelve a la carga, esta vez, con una historia excepcional.

En la torre de un viejo faro junto al mar, Faulques, un conocido fotógrafo de guerra se recluye para pintar en la pared un mural de veinticinco metros de largo por tres de alto con el fin de plasmar lo que, a su juicio, una foto nunca será capaz de captar y mucho menos de transmitir: el horror, la cruda condición humana expuesta sin concesiones. Cuando el pintor de batallas está en pleno reto creativo, arriba un visitante inesperado. Un hombre croata al que el fotógrafo había captado con su lente años atrás y cuyo rostro había dado la vuelta al mundo como portada de revista, sin saber, que dicha fotografía, en apariencia inocente, lo convertiría no sólo en preso sino en carne de tortura durante tres años. Frente al repentino aviso de que el visitante ha llegado hasta ahí para cobrar venganza y matar al ex fotógrafo, la trama va y regresa en el tiempo impactada por los recuerdos. Todo esto, por supuesto, entreverado con la historia de una mujer llamada Olvido, la antigua y nunca olvidada compañera de batallas de Faulques, quien súbitamente muere al pisar una mina en las afueras de Vukovar.

Si como dicen por ahí, es preferible escribir sobre lo que se conoce, Pérez-Reverte tiene la sartén por el mango. Tras desempeñarse durante veintiún años como corresponsal de guerra, a mediados de la década de los noventa publicó *Territorio*

comanche, un breve texto a manera de despedida o legado, el último grito, la última imprecación sobre aquellos días como reportero en zona de combate. Después de eso se dedicó completamente a escribir novelas. Sin embargo, al parecer, todo ese bagaje —tanto la experiencia bélica como la de novelista— se fue decantando y madurando a través del tiempo. Quien no iba a proferir una palabra más sobre la guerra, ha escrito un magnífico libro de trescientas y una páginas. Quizás el mejor de su autoría. Aunque no es un texto autobiográfico en *El pintor de batallas* se encuentran gran parte de las claves existenciales y literarias del autor español.

Por primera vez, nos asomamos al interior de personajes complejos que en vez de estar corriendo por el mundo, se encuentran atrapados en una especie de purgatorio profano o antesala del fin. No buscan redimirse ni enlistar sus culpas sino que intentan darle materialidad a través del arte, a una intuición precoz del protagonista: el mundo tiene sus leyes. Esa misteriosa geometría del caos que tan crudamente puede avistarse y comprobarse en territorios extremos como las zonas de guerra. Se trata de una toma de protesta existencial, que no se puede hacer a los veinte años. Una novela ambiciosa que Pérez-Reverte resuelve con variados argumentos de carácter filosófico aunados a la inclemente crítica de las sociedades contemporáneas. Asimismo, están presentes apreciaciones sobre el arte y el trabajo de grandes maestros de la pintura, la maldad intrínseca del género humano y el amor como una de las pocas anestésicas posibles, aunque también pasajerías, frente al absurdo cotidiano. Olvido, la única persona que sería imposible de olvidar para Faulques, es el complemento feme-

nino ideal del protagonista. Bella y desencantada, un buen día lo convoca a que sea su Virgilio, su compañero de batallas, por lo que la pareja de fotógrafos se marcha al Líbano a inaugurar una ristra indeleble de vivencias bélicas, de las que nunca podrán recuperarse.

Sitiado por sus fantasmas, Faulques recrea en la pared circular de la torre un paisaje apocalíptico en el que convergen una mujer sin cabello con los muslos ensangrentados, un volcán de lava incandescente junto a una ciudad contemporánea aparentemente en calma, un par de hombres acuchillándose uno al otro y un joven que mira hacia el espectador —como en *Las meninas* de Velázquez— al que el pintor le cambia la expresión de miedo por una de asombro e indignación, frente a la presencia de esos testigos mudos que no son capaces de moverse un ápice de sus zonas de comodidad. “Yo nunca vi eso”, dice una mujer del pueblo que ha ido a visitar a Faulques a la torre. “Que no lo vea no significa que no esté”, responde, impasible, el protagonista.

En contrapartida al caos, al negativo fotográfico que ha impreso con palabras el autor, se cuele, sin que sea ésa su intención, el improbable atisbo de una zona iluminada. Después de todo, si no hay actos inocentes y el aleteo de una mariposa puede desencadenar un huracán en términos de *desastre*, también habrá guiños (o libros) que sin proponérselo alumbren la conciencia de seres que nunca se han preguntado qué misteriosa fuerza los impulsa para actuar como actúan. O más llanamente: qué carajos hacen en este planeta. ■

Arturo Pérez-Reverte, *El pintor de batallas*, Alfaguara, México, 2006, 301 pp.